SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

EL TEATRO.—COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICAS

GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN PROSA

basada en el argumento de otra francesa

POR

MARIANO PINA DOMÍNGUEZ

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Florín, 8, bajo

FLORENCIO FISCOWICH
Pozas, 2, segundo

1899

GONZÁLEZ Y GONZALEZ

GONZALEZ Y GONZALEZ

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN PROSA

basada en el argumento de otra francesa

POR

MARIANO PINA DOMINGUEZ

Estrenada en el TEATRO LARA la noche del 5 de Octubre de 1893



MADRID

R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

1899

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES	
ASUNCIÓN	SRA.	PINO (R.)
LUISA	SRTA.	BLANCO.
CIRCUNCISIÓN	SRA.	VALVERDE.
AURORA		RIAZA.
CLARA		MAVILLARD.
GREGORIO	SR.	ROSELL.
ALBERTO		ARANA.
GONZÁLEZ		RAMÍREZ.
DON JUDAS		SANTIAGO.
ANTONIO		SOTO.
PEDRO		MANCHÓN.
ALBAÑIL 1.º		CEREZO.
IDEM 2.º		PALOMERA.
IDEM 3.º		TORNER.

ACTO PRIMERO

Saloncito en un hotel de Pozuelo. Puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA

CLARA, limpia los muebles con un plumero.

(Cantando.)

Yo soy un baile
de criadas y de horteras,
y á mí me gustan
las cocineras.

Nunca se ve limpia de polvo esta habitación. La sacudo cada quince días, y siempre lo mismo. Si una no fuese tan limpia y cuidadosa...

(Cantando.)

Caballero de gracia me llaman,
y efectivamente soy así...

ESCENA II

DICHA; GREGORIO, por la segunda puerta de la derecha.

GREG. ¡Clara!
CLARA ¡Señorito!
GREG. ¿Qué haces?
CLARA Ya lo ve usted: sacudo.

GREG. Bien, bien. ¿Y mi yerno, sabes si ha salido?

CLARA ¿Salir? ¡Quiá! Estará, como siempre, al lado de su esposa. Ni él ni la señorita salen ahora á la calle. Como están en la luna de miel, la toman dentro de casa.

GREG. Es verdad, en plena luna. Como que se casaron hace ocho días.

CLARA ¡Y vaya si son dichosos! Da envidia el verlos. Crea usted que á cualquiera se le ponen los dientes largos.

GREG. Lo creo. ¡Ah! no olvides un solo momento... Ya te lo advertí ayer. No olvides que desde hace ocho días sirves á un hombre ilustre.

CLARA Sí, sí: me lo dijo usted.

GREG. No lo olvides.

CLARA ¿Conque tan ilustre es el señorito?

GREG. Ilustre y célebre.

CLARA ¡Ah!

GREG. Mi yerno es el primer abogado de Madrid. ¿Qué digo de Madrid? de España y sus colonias. Es el famoso González, el que defendió y sacó absuelto á Cuchitrín. Ese asesino célebre, que debió ser ahorcado veinte veces. ¿No has conocido tú á Cuchitrín?

CLARA No, señor.

GREG. Tanto mejor. Su especialidad eran las criadas.

CLARA ¡Jesús María!

GREG. Si te coge, te corta el pescuezo.

CLARA ¿A mí? ¿Por qué?

GREG. Por afición. Era muy aficionado á la corta.

CLARA Aquí viene el señorito.

GREG. Bueno: pues vé á limpiar el polvo á otra parte.

CLARA Corriente. (Vase por el foro.)

ESCENA III

GREGORIO; ALBERTO, por la primera puerta de la izquierda.

GREG. Buenos días, lumbrera del foro.

ALB. ¡Papá suegro, por favor! ¡No me salude usted así!

GREG. ¡Modesto como un carnerillo! Pues quieras ó

no quieras, te llamaré de ese modo hasta el fin de mis días, para hacer constar la diferencia que existe entre el gran González y este simple agrónomo de Avila.

ALB. (Y tan simple.) Crea usted que un hombre vale siempre tanto como otro.

GREG. ¡Mentira! ¡Digo, no estoy conforme! ¿Te figuras, por ejemplo, que tu primo Alberto González, el ultramarino, vale tanto como tú?

ALB. ¿Y por qué no?

GREG. ¡Qué atrocidad! ¡Pensar que bajo el mismo nombre y apellido se cobijan dos seres tan opuestos! El uno, jurisconsulto celebérrimo, gloria del foro y honor de la patria. El otro, tendero incivil, vendedor de latas de pimientos y azúcar de remolacha. Mira, hijo mío, no digas á nadie que ese mercachifle es tu pariente.

ALB. Pues no me ruboriza el confesarlo, créalo usted.

CLARA (Saliendo por el foro.) ¡Señor!

GREG. ¿Qué ocurre?

CLARA Ahí vienen unos hombres, con un armatoste muy grande á cuestas. Dicen que es para ponerlo en el jardín.

GREG. ¡Ah, sí! Que pasen. Vé corriendo. (Vase Clara.) Sin duda es la columna.

ALB. ¿Qué columna?

GREG. La gran columna que quiero elevarte en el centro de esta propiedad.

ALB. ¿Pero está usted loco?

GREG. No: es un homenaje á tu talento. Ocho metros de alto por dos de redondo. Arriba, el busto de Cicerón; abajo, el tuyo, y al pie, este sencillo dístico. «Lo de abajo vale más que lo de arriba.»

ALB. No ponga usted eso.

GREG. ¿Y por qué no? ¿Crees que Ciceron valía más que tú? ¡Si no sabía siquiera el español!

ALB. Sin embargo...

GREG. Nada, nada. «Lo de abajo vale más que lo de arriba.» Voy á mandar que coloquen el monumento. (Vase por el foro.)

ESCENA IV

ALBERTO; luego CLARA y ANTONIO

ALB. No hay duda: mi suegro es tonto de capirote.

CLARA (Saliendo por la segunda puerta de la izquierda.) ¡Señorito!

ALB, ¿Qué quieres?

CLARA Un hombre desea verle á usted.

ALB. ¿A mí?

CLARA Si, señor. Dice que se llama Antonio.

ALR. (¡Diablo!) Que pase, que pase en seguida. Y que nadie nos interrumpa. Mucho cuidado. Es un ladrón.

CLARA ¡Un ladrón! ¡Ladrones! (Gritando.)

ALB. ¡Calla, estúpida! Quiero decir, que está acusado de robo, y que yo le defiendo. ¿Comprendes? Es un cliente. Un cliente, ya lo sabes.

CLARA ¡Me había dado usted un susto!

ALB. Que pase.

CLARA Pase usted, por aquí.

ESCENA V

DICHOS; luego ANTONIO, por la segunda de la izquierda, con la blusa y el delantal propios de un dependiente de ultramarinos.

ANT. Muy buenos días, mi amo. (Clara se marcha corriendo.)

ALB. ¡Chist! ¡Calla, maldito! ¿A qué vienes aquí? ¿Por qué te presentas sin avisarme, en esta casa?

ANT. Pues verá usted, mi amo.

ALB. No me llames mi amo.

ANT. ¿Eh?

ALB. Llámame don Alberto. Y quítate en seguida ese delantal.

ANT. ¿Que me quite...?

ALB. ¡Pronto!

ANT. Como usted mande. (*Se lo quita.*) No entiendo una palabra; pero, en fin, como desde que se marchó usted hace dos meses de Madrid, no habíamos vuelto á saber de usted hasta ayer mismo, cuando recibimos su carta fechada en este pueblo, yo me dije: pues voy en seguida á ver lo que pasa, y á advertirle que se nos han acabado los garbanzos.

ALB. ¡Chist! ¡No hables de los garbanzos, desgraciado!

ANT. ¡Anda... anda!

ALB. ¡Silencio! ¡Aquí... yo, no soy yo!

ANT. ¿Cómo es eso?

ALB. ¡Yo soy mi primo!

ANT. ¿Su primo de usted? ¿El abogado? Precisamente ayer estuvo en casa y le leímos su carta de usted.

ALB. Oyeme, Antonio. Ya sabes lo mucho que te aprecio y te distingo. Tú eres mi dependiente principal, el dueño de la tienda, porque desde hace tiempo yo no me ocupo de nada.

ANT. Lo cual hace usted muy bien. Usted es rico, y se educó como un caballero.

ALB. Mi padre hizo fortuna en el comercio de ultramarinos, y me dejó al morir una excelente parroquia.

ANT. Que yo sirvo con esmero.

ALB. Oyeme, repito, y verás cuán desgraciado soy.

ANT. Hable usted.

ALB. Hace dos meses me marché á Avila con objeto de ultimar varios asuntillos relativos á mi comercio. Llego á la fonda, y estaba llena de gente. El dueño quiere saber mi nombre, y le digo como me llamo: ¡Cielos!—exclama—¡Gónzalez, el famoso González, el célebre abogado González! Usted no se marcha. Ahora mismo planto en la calle á un inglés, que ocupa el mejor cuarto de la fonda.—Confieso que la idea de suplantar á un inglés me halagó en extremo.

ANT. A cualquiera le halaga eso.

ALB. Me dieron la mejor habitación. Y por la tarde, en la mesa redonda, todos me miraban asombrados, como diciendo: «¡Ese es el gran González, el orador elocuente, el ilustre tribuno!» A los pocos días, recibo una invitación para la fiesta del Casino, y me presento en ella. Entre las muchachas que allí había, una me seduce y me encanta. Me enamoro como un imbécil, y concluyo, á los ocho días, por pedírsela á su padre. Este, loco de júbilo, me abraza gritando: «¡Qué honor tan disparatado! ¡Siempre soñé para mi hija con un hombre ilustre!»

ANT. ¡Caracoles!

ALB. Aquella noche le escribí una carta confesándole la verdad, pero no tuve valor para entregársela. Comprendí que aquel padre estúpido no consentiría en la boda con González, ultramarino; y antes que perder á Luisa, arrostré las consecuencias de mi farsa, y pasé en absoluto por mi primo. Hace ocho días nos casamos, trasladándonos á este hotelito que mi papá suegro nos regala para que disfrutemos en Pozuelo la luna de miel.

ANT. ¡Tiene gracia!

ALB. De modo que aquí me tienes, siendo Alberto González, sin serlo, y no siendo abogado, aunque lo soy, sin serlo tampoco.

ANT. Ahora comprendo lo del delantal. Pues mire usted. ¿Sabe usted lo que le digo? Que un abogado y un ultramarino viene á ser lo mismo.

ALB. ¿Cómo es eso?

ANT. ¡Toma, toma! Verá usted. Nosotros metemos achicorias en el café, ¿no es verdad? Pues ellos meten fárragos en sus discursos. Nosotros damos patata por queso de bola y sebo por esperma. Ellos dan la tostada á los jueces y el camelo á los clientes. Todos somos unos, créalo usted.

ALB. ¡Silencio! Alguien se acerca: márchate.

ANT. ¿Traemos los garbanzos?

ALB. Sí, hombre: trae lo que quieras, pero no vuelvas aquí hasta que yo te avise.

ANT. Corriente. (¡En buen berengenal se metió el amo!) (Vase por la segunda puerta de la izquierda.)

ALB. Es preciso que cuanto antes lo sepan todo. (Vase por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA VI

LUISA, por la primera de la izquierda; luego GREGORIO

LUISA ¡Alberto, Alberto! ¿Dónde se habrá metido? Hace cinco minutos que me dejó, y me parece un siglo. ¡Le amo tanto!

GREG. ¡Ea! ya están fijando la columna. ¡Hola! ¿Estabas aquí?

LUISA ¡Felices, papá!

GREG. Saludo á la señora de González.

LUISA Mil gracias, papaíto.

GREG. A propósito. Mañana regreso á Avila y quiero, antes de mi marcha, recomendarte ciertas cosas.

LUISA ¿Sobre qué?

GREG La fortuna te ha protegido. Desde hace ocho días tienes el alto honor de pertenecer á uno de los hombres más grandes de España. Es necesario probarle con tu amor y tu admiración, que eres digna de ser su esposa. Todo hombre célebre viene á resultar, si bien se examina, un niño, un enfermo y un artista. La mujer inteligente debe ser la madre del niño, la hermana de caridad del enfermo y el ideal del artista. Cuando te hable, óyelo. Cuando no te hable, no le oigas. Si está de buen humor, no estés triste, y si él está triste, no estés de buen humor. Sacrifícalo todo á su felicidad.

LUISA Trataré de hacerlo, papá.

GREG. Reflexiona siempre que hay en España dos millones de doncellas y un solo González. Y que entre esos dos millones, tú fuiste la que se llevó el premio gordo de la celebridad.

LUISA No lo olvidaré nunca.

ESCENA VIII

DICHOS y ALBERTO

ALB. (Al fin se marchó sin que le viesen.)

GREG. De tí hablábamos ahora mismo, hombre inmortal.

ALB. ¡Y dale! Llámeme usted Alberto á secas.

GREG. ¡No me atreveré nunca! ¡Una mirada tuya me intimida!

ALB. ¡Qué tontería! ¿Acaso no le trato á usted con la mayor franqueza?

GREG. Porque tienes la sencillez de las almas nobles.

ALB. Yo saludo á todo el mundo, así á la buena de Dios, y no creo valer más que un boticario ó un horticultor.

GREG. ¡Cuidado! ¡Cuidado! No te rebajes tanto. Si no quieres hacerlo por tí, hazlo por mi hija y por su padre.

ALB. Sin embargo, recuerde usted que ya no hay castas. ¡Abajo las castas! (Como un orador, quedando en posición académica.)

GREG. ¡Quieto! ¡No te muevas! (A Luisa.) ¡Mírale! ¡Es Mirabeau! (Pronunciando como está escrito, á la española.)

ALB. (¡Qué barbaridad!)

LUISA ¡Qué deseos tengo de oirte hablar en estrados!

GREG. ¿Pues y yo? ¡Ardo en deseos!

LUISA ¡Ambos te admirábamos antes de conocerte!

GREG. Debe estar magnífico. El gesto de ahora fué poco sublime. (Imitandole.) ¡Abajo las caretas! ¡Digo, las castas!

LUISA Los periódicos hablan de tí; de tus triunfos... Y nunca, nunca me llegué á figurar que sería tu mujer.

GREG. Ni yo tu suegro.

ALB. (¡Cuando sepan la verdad!)

GREG. ¡Noble misión la tuya! Un hombre cualquiera comete un crimen. Las pruebas lo aniquilan, y tú pruebas, sin embargo, que las

pruebas no son pruebas; que la evidencia no es la evidencia, y aquel malhechor sale absuelto. Eso es lo difícil y lo que te coloca sobre todos los mortales. Y ahora, permíteme que te deje un instante. Voy á hacer el baul. ¡Adiós, bruto! (Vase por la segunda puerta de la derecha.)

ALB. ¡Bien, bien! Vaya usted con Dios.

ESCENA VIII

LUISA y ALBERTO

LUISA Parece que papá te molesta.

ALB. Se empeña en atormentar mi amor propio con sus exageraciones.

LUISA Porque te admira, como yo.

ALB. (Si me atreviese á confesarla ahora...) Oye, Luisa mía. Me quieres mucho, ¿no es verdad? (Se sientan.)

LUISA ¡Te adoro! ¡Me siento orgullosa de pertenecerte.

ALB. (¡Orgullosa!)

LUISA El talento me cautiva. ¡Qué dicha decirse á sí misma, viendo á tanto imbécil: Yo sola tuve la fortuna de hallar un hombre superior!

ALB. ¿Y el corazón? ¿No te parece que un gran corazón vale cualquier cosa?

LUISA El corazón no vale nada sin el reflejo de la inteligencia.

ALB. Pues mira, conozco muchas mujeres, pero muchas, que se enamoraron de hombres vulgares

LUISA Eso no puede llamarse amor.

ALB. ¿No? ¿Pues cómo se llama?

LUISA Depravación.

ALB. (¡Aprieta!) ¿Por manera, que si en vez de ser yo lo que soy, fuese, por ejemplo... en fin .. un droguero?...

LUISA ¡Bah! Nunca te hubiese amado. (Se levanta.)

ALB. (Y adviertan ustedes que he dicho droguero.)

LUISA El amor que me inspira ha sido basado en

la admiración, en el orgullo, en el entusiasmo. Cuando salimos á paseo cogidos del brazo, me parece que todo el mundo me mira envidioso, como diciendo: ¡Quién estuviera en su lugar! ¡Quién fuese la inseparable compañera del famoso González!

ALB. (Dígala usted que soy ultramarino.)

LUISA Quizás te parezca ridículo lo que voy á revelarte, pero no tengo secretos para tí.

ALB. ¡Habla, vida mía!

LUISA Muchas noches te contemplo dormido.

ALB. ¿De veras?

LUISA Muchas noches.

ALB. ¿A ver si ronco?

LUISA No. A ver si sueñas alto.

ALB. (¡Demonio!) ¿Y sueño? ¿Sueño alto?

LUISA Una sola vez te oí exclamar muy agitado: ¡De Escocia! ¡Legítimo!

ALB. (¡Caracoles!)

LUISA ¿Qué querrías decir?

ALB. No sé; sin duda defendería á algún escocés y probaría su nacionalidad delante de los jueces.

LUISA Eso debió ser.

ALB. (¡Estamos frescos!)

LUISA Y ahora, querido esposo, voy á pedirte un favor.

ALB. Veamos.

LUISA Que me lleves cuanto antes á Madrid. A tu casa. A tu despacho de abogado. Quiero respirar aquella atmósfera.

ALB. (¡Anda salero!)

LUISA ¡Qué aroma tan sutil debe vagar por el espacio!

ALB. (¡De sardinas arenques!)

LUISA Vivimos, Atocha, setenta y cuatro, ¿no es eso?

ALB. ¡Eso! (Ahí vive mi primo.)

LUISA ¿Cuándo partimos?

ALB. Pronto.

LUISA ¿En cuanto tengas que hablar en la Audiencia?

ALB. ¡Justo! (Aguarda que hable en la Audiencia... Que ya tienes para rato.)

LUISA Bueno. Voy con papá un momento. ¡Adiós, genio mío! (Vase por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA IX

ALBERTO; luego GONZÁLEZ, por la segunda puerta izquierda

ALB. ¡Así! ¡Duro, duro! ¡Valiente compromiso!... ¡Cómo declaro la verdad! Se avergonzarían de mí. Moverían un escándalo. Y ello es preciso salir de este atolladero. Dentro de poco regresaremos á Madrid, y entonces no habrá más remedio que descubrir la farsa.

GONZ. ¿Pero qué es eso? ¿No hay nadie por aquí?

ALB. ¿Esa voz...?

GONZ. (Saliendo.) ¡Ah! ¡Ya le veo!

ALB. (¡Mi primo! ¡María Santísima!)

GONZ. ¡Tunantón! (Abrazándole.)

ALB. ¿Eres tú? ¿Tú en Pozuelo? (Muy triste.)

GONZ. Pues vaya una cara compungida.

ALB. ¡Quiá! No lo creas. Es la alegría. Cuando me pongo alegre parece que lloro.

GONZ. No me esperabas, ¿eh?

ALB. ¡Qué había de esperarte!

GONZ. Pues chico, ha sido una casualidad.

ALB. Sí, ¿eh? ¡Qué demonio!

GONZ. Figúrate que pasé ayer por la tienda, precisamente cuando Antonio leía tu carta. Por ella supe las señas de este hotel, y como hoy mismo debía evacuar en Pozuelo cierto asunto de mi profesión, me dije: ¡Oh, fortuna! ¡De paso abrazaremos al señor González!

ALB. ¡Cuánto me alegro!

GONZ. Pero, dime, dime. ¿Qué haces aquí? ¿Qué significa esto?

ALB. Pues esto significa... Lo más sencillo del mundo. Que me he casado.

GONZ. ¿Que te has casado?

ALB. Cabalito.

GONZ. ¡Sin decirme nada! ¡Sin anunciar una palabra!

ALB. Fué cosa repentina. Un ataque fulminante. La ví, me enamoré y me entregué.

GONZ. ¿Aquí en Pozuelo?

ALB. No. En Avila. Mi mujer es de Avila y su padre también. Un agrónomo distinguido.

GONZ. Ya. ¿Y os habéis venido aquí á pasar la luna de miel?

ALB. ¡Eso es!

GONZ. ¡Qué extravagancia! ¡Casarse de sopetón! Pues mira, justamente venía yo á anunciarte también mi boda.

ALB. ¿Te casas?

GONZ. Dentro de quince días. Con Aurora Torre-Alta. Una joven bellísima y muy bien educada. Su madre es algo aristócrata. Se complace en afirmar que desciende de noble abolengo; pero su hija me adora y espero ser á su lado completamente dichoso.

ALB. ¡Que sea enhorabuena!

GONZ. Conque... Vaya, preséntame á tu mujer. Estoy deseando conocerla.

ALB. ¿Que te presente?

GONZ. ¡Claro está!

ALB. ¡Imposible!

GONZ. ¿Imposible? ¿Por qué razón?

ALB. Por... (¡Todo antes que presentarle!) Porque, hablando con franqueza, mi familia no te quiere ver ni en pintura.

GONZ. ¡Cáspita!

ALB. Mi suegro aborrece á los abogados.

GONZ. ¡Já, já, já! ¡Oh, suegro simpático!

ALB. Como tuvo en su larga vida muchos pleitos y los perdió casi todos, en cuanto tropieza con un abogado se pone frenético. Hace un momento me decía aquí mismo: Supongo que nunca me obligarás á visitar á tu primo, ese abogadillo de la calle de Atocha.

GONZ. ¿Te decía eso? ¡Já, já, já! ¡Pobre hombre!

ALB. ¡Un infeliz! ¡Já, já, já!

GONZ. ¿Y qué contestaste tú?

ALB. ¡Toma! ¡Qué había de contestar! Que cuando te conociese, desterraría sus antiguas ideas. Que tú eras guapo, alegre, de trato finísimo... en fin, que de todo tenías menos de abogado.

GONZ. Gracias, primo mío: gracias por tu defensa. Aunque no has cursado ninguna carrera, no careces de tacto ni de buen sentido. No te pareces en nada á los de tu profesión. Eres un ultramarino elevado al cubo. Ya sabes que te quiero de veras, y que si cualquier día te envuelven en un pleito, te defenderé gratis.

ALB. Y tú sabes que en mi casa siempre hallarás un treinta por ciento de rebaja.

GONZ. ¡Chico!

ALB. No te apures. Todavía gano otro treinta.

GONZ. Ea, pues adiós. Tengo mucho que hacer. Mañana se ve la célebre causa del Tostado, á quien me propongo salvar el pellejo. ¿No has oído hablar de este negocio?

ALB. No.

GONZ. ¡Pero, hombre, si es el crimen de sensación! Un asesinato misterioso. No se ocupa la prensa de otra cosa. Créete, que si consigo absolver al Tostado, mi nombre subirá á las nubes. Y, á propósito: ¿por qué no vas con tu mujer á la Audiencia? Allí me oiréis hablar.

ALB. ¡Qué disparate! ¿No acabo de decirte que odian el oficio?

GONZ. ¡Es verdad; ya no me acordaba!

ALB. Antes irían ellos al infierno, que á la vista de una causa.

ESCENA X

DICHOS; GREGORIO, por la segunda puerta de la derecha

GREG. (Dentro.) ¡Yerno, querido yerno!

GONZ. ¡Tu suegro!

ALB. (¡Maldito sea!)

GREG. Ya están elevando á Cicerón... (Viendo á González.) ¡Caballero!

GONZ. Muy señor mío. (A Alberto.) Preséntame para que rabie un poco.

ALB. (No hay remedio.) (Presentándole.) Mi primo, Alberto González.

GREG. ¡Adiós, el ultramarino!

ALB. Precisamente. (¡Buena idea!) Mi papá suegro.

GREG. ¡Servidor!

GONZ. Dispense usted que me presente en su casa de un modo tan brusco. Yo ignoraba, caballero, la antipatía que todos ustedes sienten por mi profesión.

GREG. (A Alberto.) Pero, hombre, ¿por qué se lo has dicho?

ALB. Para que se fuese cuanto antes.

GREG. Crea usted, amigo mío, que... personalmente, no siento por usted antipatía ninguna. Pero ya que me obligan ustedes á hablar con franqueza, sepa usted que mi aversión hacia ustedes se funda principalmente en el vicio que tienen de engañar al público.

GONZ. ¿Eh, cómo es eso?

ALB. Quiere decir que ocultan ustedes la verdad.

GONZ. Según y conforme.

ALB. (Bajo á González.) ¡No insistas!

GREG. Lo dicho, dicho.

ALB. (Idem á Gregorio.) ¡Cállese usted! Ahora es nuestro huésped.

GREG. (Es verdad: sería poco noble abusar de mi situación.) De todos modos, conste que la industria es la madre de las naciones y el comercio el padre. ¡Abajo las castas!

GONZ. (¡Valiente tipo!) Esos principios le honran á usted.

GREG. (A Alberto.) Todo esto se lo digo como huésped.

ALB. Se comprende.

GREG. La elocuencia es digna de admiración, usted lo sabe. (Mirando á Alberto.)

GONZ. ¡Oh, no hablemos de eso!

GREG. ¿Cómo que no? (A Alberto.) (Parece que le disgusta tu elocuencia.) Repito que el orador brilla siempre por encima de lo que brille más.

GONZ. ¡Bah! Usted exagera.

GREG. (A Alberto.) Este tío te tiene envidia.

GONZ. Según acaba de decir mi primo, ¿usted ha tenido muchos pleitos?

GREG. ¿Yo?

ALB. (A Gregorio.) Diga usted que sí: luego hablaremos.

GREG. ¡Muchísimos! (¿Para qué habré tenido yo pleitos?) En mi cualidad de agricultor...

GONZ. ¡Ah! ¿Es usted agricultor?

GREG. (Parece que se burla.) Y á grandísima honra. La agricultura se halla colocada á mayor altura que las conservas alimenticias.

GONZ. ¿Eh?

GREG. Sí, señor. Y el modesto cultivador de la tierra, no tiene nada que envidiar á ningún ultramarino. (Chúpate esa.)

GONZ. (A Alberto.) Eso lo dice por tí.

ALB. Ya lo sé.

GONZ. Pues bien: crea usted que cuanto acaba de decir, demuestra en alto grado la nobleza de su corazón, y que desde hoy le ofrezco á usted mis servicios, á pesar de su antipatía por la clase.

GREG. (Quiere que me surta en su tienda.) Basta que sea usted primo de mi yerno, para que yo no vacile un momento. Así, como así, lo mismo da uno que otro. Mañana tomaremos el café en su casa.

GONZ. ¿De veras? ¡Cuánto me alegro! A las ocho en punto le aguardo á usted.

GREG. No se moleste usted. Si á esa hora tiene usted algo que hacer, no importa. Ya habrá por allí alguno que nos sirva.

GONZ. ¿No estar yo en casa yendo usted? ¡Pues no faltaba más!

GREG. ¿Yendo yo? (¡Si creerá este alcornoque que voy yo á la compra!) En todo caso mandaré á la criada.

GONZ. ¿Eh? ¿Cómo á la criada?

ALB. ¡Justo! Para prevenirte, si por casualidad no pudiese asistir. (Aparte á González.)

GONZ. ¡Ah, ya entiendo!

ALB. (¡Sudo á mares!)

GREG. Prepare usted, además, dos botes de sardinas y un poco de bacalao.

ALB. (¡Atiza!)

GONZ. ¿Antes del café?

GREG. No: al mismo tiempo.

GONZ. (¡Qué cosa tan rara!) ¿Toma usted café con bacalao?

ALB. Quiere decir que le gusta mucho.

GONZ. Bueno, bueno: habrá sardinas (Aparte á Alberto.) Es una alhaja este hombre. (Dando la mano á Gregorio.) He tenido mucho gusto...

GREG. Gracias. Nada le digo á usted. Allá veremos cómo se porta. (Se limpia la mano con el pañuelo.)

GONZ. Hasta la vista, primo. (Aparte.) ¡Es muy divertido! Envíamele á casa los domingos.

ALB. ¡Adiós, adiós!

ESCENA XI

GREGORIO y ALBERTO

GREG. Ya puede agradecer que es primo tuyo. De otro modo, le planto en la calle.

ALB. ¿Por qué razón?

GREG. Porque detesto á los ultramarinos. No lo puedo remediar.

ALB. Permítame usted.

GREG. Nada, nada; todos sin excepción .. son unos bribones.

ALB. Poco á poco. Piense usted bien lo que dice.

GREG. Lo pruebo. ¡Vaya si lo pruebo! El vino que venden no es vino: es química pura.

ALB. Muy difícil de arreglar, créalo usted.

GREG. En la azúcar molida, meten albayalde; en el albayalde, meten harina; en la harina, meten almidón; en el almidón, meten yeso, y si en el yeso no meten nada, es porque salimos de la azúcar para entrar en la albañilería.

ALB. ¡Qué modo de exagerar!

GREG. Con franqueza: ¿tú eres abogado? ¿A que no defenderías nunca á ningún ultramarino?

ALB. Sí, señor: á todos.

GREG. Pero, hombre, si hasta los condena la historia.

ALB. ¿Eh?

GREG. ¿Cuánto vivía el hombre en los tiempos de Matusalén? Novecientos años, ¿verdad? ¿Por-

qué? Porque no había ultramarinos: la cosa es clara.

ALB. ¡Oh!

GREG. ¿Quieres otra prueba todavía más palpable? Corriente. Los animales domésticos. ¿Por qué viven muy poco el perro y el gato? Porque se alimentan como nosotros. ¿Por qué la carpa, ese Matusalén de río, vive tantos años? Porque no conoce á ningún ultramarino. Introduce la carpa, por ejemplo, en un barril de aceitunas, y verás cómo revienta.

ALB. Naturalmente.

ESCENA XII

DICHOS; CLARA, por el foro

CLARA ¡Señorito! Acaban de traer estas tarjetas. (Vase.)

GREG. (Cogiéndolas.) ¡Ah, sí! Las que mandé tirar. Estas son para tí. (Le da un paquete.)

ALB. Mil gracias. (Leyendo.) «Alberto González, abogado del Ilustre Colegio de Madrid, Atocha, setenta y cuatro.» (Se las daré á mi primo.)

GREG. Estas son mías. (Le da otro paquete.)

ALB. (Leyendo.) «Gregorio Quintanilla, suegro de Alberto González.» ¡Qué atrocidad!

GREG. ¡Permíteme este rasgo de orgullo!

ALB. Es una ridiculez.

GREG. Ya lo sé. Sólo las usaré en Avila.

ESCENA XIII

DICHOS; LUISA, por la segunda puerta de la derecha

LUISA (Con un periódico.) ¡Papá! ¡Papá! (Viendo á Alberto.) ¡Ah! ¿Estás aquí? Me alegro. ¿Conque nos ocultabas la gran noticia?

ALB. ¿Yo?

LUISA ¡No merece perdón!

GREG. ¿Qué es ello, hija mía?

LUISA ¡Friolera! Que mañana se ve ante el Jurado una famosa causa que defiende mi señor esposo.

GREG. ¿Es posible?

ALB. (¡Cristo bendito!)

LUISA ¡Y sin decirnos nada! (Señalando el periódico.) Aquí viene, papá; aquí viene.

GREG. ¡A ver, á ver! (Coge el periódico.)

ALB. (¡Esta es otra!)

GREG. (Leyendo.) «Mañana empezará á verse en la Audiencia, la célebre causa del *Tostado*, que tan extraordinaria sensación produjo en el público. Defiende al presunto asesino, como ya hemos anunciado, el ilustre y elocuente jurisconsulto...» (Se detiene y mira á Alberto con gran satisfacción.) ¡Ilustre y elocuente! (Sigue leyendo.) «El ilustre y elocuente Alberto González, gloria del foro español.» (A Luisa.) ¡Ahí lo tienes! ¡La gloria! ¡Toda nuestra gloria!

LUISA Pero repito que debemos reñirle

GREG. ¡Es verdad! No se comprende tu silencio.

LUISA ¿Por qué no lo has dicho?

ALB. ¡Pchst! ¡Qué sé yo!

GREG. ¡Por modestia, sin duda!

ALB. ¡Cabal! ¡Por modestia!

GREG. ¡Y yo que pensaba marcharme á Avila!

ALB. ¿Cómo? ¿No se marcha usted ya?

GREG. ¡Imposible! ¡Me marcho contigo á Madrid! ¡Quiero presenciar tu triunfo!

LUISA ¡Y yo también!

GREG. Penetrar en la Sala de Justicia diciendo á todo el mundo: ¡Soy el suegro! ¡El suegro de González!

ALB. (¡Maldita celebridad!) ¡Imposible! ¡Lo siento mucho, pero ustedes no pueden asistir al acto!

LUISA ¿Por qué?

GREG. ¿Que no podemos, siendo de la familia?

ALB. No, señor. La sesión será secreta. Por eso no dije una palabra.

LUISA ¿Secreta?

ALB. Trátase de un crimen muy escabroso.

GREG. ¡A ver; cuenta, cuenta!

ALB. ¡Escabrosísimo!

GREG. Pero, en fin, ¿de qué acusan á ese Tostado?

ALB. (¡Ni lo sé siquiera!) De... Vale más que lo ignoren ustedes.

GREG. ¿Tan grave es la cosa?

ALB. ¡Uf!

GREG. ¡Ah! ¡Ya sé! ¡Sin duda, se trata de...!

ALB. No, señor. No es eso.

GREG. ¡Ya caigo!

ALB. ¡Tampoco!

GREG. ¿No? Entonces no adivino...

LUISA Bien, bien; de todas maneras, mañana nos vamos á Madrid los tres juntitos

GREG. Con eso os dejo instalados en la calle de Atocha.

LUISA ¡Y allá veremos si entramos ó no entramos en la Audiencia!

ALB. (¡Pues estoy aviado!)

LUISA ¡Corro á prepararlo todo! (Vase por la primera puerta de la izquierda.)

GREG. ¡Al fin vamos á oir tu palabra sublime!

ALB. ¡Vaya usted al diablo! (Vase por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA XIV

GREGORIO; luego CLARA

GREG. Es algo áspero de carácter, pero todos los grandes hombres tuvieron mal genio.

CLARA (Saliendo por el foro muy asustada.) ¡Señor, señor! ¡Ay, señor de mi alma!

GREG. ¿Qué es eso? ¿Qué ocurre?

CLARA ¡Que se ha caído el armatoste!

GREG. ¿Eh?

CLARA ¡Sí, señor! ¡La columna! ¡Ya estaba derecha, y empezaron á fijarla los albañiles, cuando de pronto se tuerce y ¡cataplum!, cayó sobre el invernadero del jardín de nuestro vecino, rompiendo todos los cristales.

GREG. ¡Y á quién se le ocurre poner cristales en un invernadero! (Ruido fuera.)

LUISA ¿Oye usted? Creo que viene.

GREG. ¿Quién?
LUISA El vecino, don Judas.
GREG. ¿Ese viejo tartamudo? ¡Habrá insolente!

ESCENA XV

DICHOS y DON JUDAS; TRES ALBAÑILES, sacan en la mano varios útiles del oficio.—Salen á escena hablando á un tiempo y disputando

GREG. (Imponiendo silencio.) ¡Eh! ¡Silencio!
JUDAS (A Gregorio.) Me pa... pagará usted lo ro..., ro... to.
GREG. ¿Yo? Yo no he causado daño alguno.
JUDAS ¡Sí señor! Estos han dejado ca... ca... caer la co... co... lumna en mi jar... jardín.
LOS TRES ALBAÑILES (Hablando á un tiempo.)
AL. 1.º Verá usted lo que ha pasado, señorito.
AL. 2.º Nosotros no hemos dejado caer nada.
AL. 3.º ¡No venga usted á echarnos la culpa á nosotros.
GREG. ¡Silencio!
JUDAS ¿Me pa... paga usted?
GREG. ¡No, señor!
JUDAS ¡Habrá ple .. pleito!
GREG. ¡Pues que lo haya!
JUDAS Ma... mañana voy á Ma... Madrid, y ya le compondrá á usted mi abo... bogado. El primero de Espa... paña. El señor González.
GREG. ¿Qué oigo? ¿Su abogado de usted, es González? ¿Alberto González?
JUDAS ¡El mismo!
GREG. ¿Y es ese el que me va á componer? ¡Já, já, já!
JUDAS ¡Lo ve... veremos! (Vase por el foro.)
GREG. ¡Su abogado es mi yerno!
CLARA ¿El señorito? ¡Já, já, já!
GREG. ¡Y dice que me va á componer! (Todos ríen, de muy buena gana.)

ESCENA XVI

DICHOS y LUISA; luego ALBERTO

LUISA ¿Por qué gritan ustedes? ¿Qué significa esto?

GREG. ¡Don Judas, el vecino! ¡Figúrate que Cicerón le hizo añicos el invernadero, y dice que acudirá á su abogado para que me componga!

LUISA ¡Dios mío! ¡Una causa criminal!

GREG. ¡Quiá! ¡Si su abogado es Alberto!

LUISA ¿Mi marido?

GREG. ¡Cabal!

LUISA ¡Tiene gracia! ¡Já, já, já! (Vuelven á reir.)

ALB. (Saliendo.) ¿Qué escándalo es este?

GREG. ¡Acércate! ¡Ven acá!

LUISA Don Judas, el vecino, que amenaza á papá con un pleito.

CLARA Porque Chicharrón cayó sobre su invernadero, haciéndole añicos.

GREG. Y dice que mañana me compondrá su abogado, á quien irá á ver á Madrid.

LUISA ¡Y su abogado eres tú!

ALB. ¿Yo? ¡María Santísima! (Cae sobre el sofá.)

TODOS (Riendo.) ¡Já, já, já! (Advierto, queridos artistas, que estas risas no deben ser las de ordenanza: el *já, já*, ramplón y vulgar de siempre. Es preciso que cada cual ría en tono distinto y como se ríe entre personas. Y al mismo tiempo que se hable algo, burlándose de don Judas y expresando con la acción la tostada que creen ha de llevarse. ¿Estamos?)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Despacho elegantísimo en casa de González. Puerta al foro y laterales. Mesa á la izquierda, cargada de papeles y protocolos. Objetos de arte, jarrones, estatuas, etc.

ESCENA PRIMERA

GONZÁLEZ

(Aparece sentado cerca de la mesa, abriendo el correo.) «El lunes, á las nueve, celebrará junta la Sociedad de Socorros...» (Abre otra carta.) Ya pueden esperarme sentados. «Queridísimo amigo: ¡Qué situación la mía! ¿Podría usted prestarme cinco duros?» No puedo. Con franqueza. «Como absuelvan al Tostado, te reviento. Un presidiario cumplido.» ¡Pues lo absolverán, no lo dudes! «El Tostado es inocente y le amo. Inés, doncella y mártir.» Diariamente lo mismo. Una docena de anónimos sin sentido común. Al cesto. (Arroja al cesto varios papeles.) Y ahora coloquemos aquí este paquete para que Pedro pueda entregarlo á la persona que hoy vendrá por él. (Es un paquete de cartas atado con una cinta color de rosa.) ¡Adiós, recuerdos de mi juventud! ¡Ultimos devaneos de mi vida de soltero! ¡Ya no os volveré á ver! (Toca el timbre.)

ESCENA II

DICHO; PEDRO, por el foro

GONZ. Oye, querido Pedro: Tal vez venga después alguno á recoger este paquete. Aquí lo dejo para que lo entregues en el acto. (Lo coloca sobre un extremo de la mesa, en sitio visible.)

PEDRO Está muy bien.

GONZ. La correspondencia de Isabel, íntegra.

PEDRO ¡Ah! ¡Ya! ¡La duquesa!

GONZ. ¡Justo! La duquesa Isabel. Así se firma ella siempre cuando se dirige á sus íntimos. ¡Como tanto hemos alabado su distinción y su elegancia, acabó por creerse duquesa de veras, apropiándose el título!

PEDRO ¡Era muy guapa esta mujer!

GONZ. Y lo es, lo es todavía. Créelo. Pero, en fin, me caso y rompo con todos mis belencillos de soltero.

PEDRO ¿Rompe usted también con Clotilde?

GONZ. ¿La modista? ¡Uf! Rompí hace un siglo.

PEDRO ¡Era muy guapa esta mujer!

GONZ. ¡Mucho! ¡Con su andar menudito y aquellos ojos negros!...

PEDRO Por supuesto, lo de la Petra terminó en absoluto.

GONZ. ¿La Petra? ¡Ah! ¿La cantante? ¡Sí, hombre, sí! ¡En absoluto!

PEDRO ¡Era muy guapa esta mujer!

GONZ. ¡Para tí, todas eran guapas!

PEDRO Y para usted también. Se conoce que tenemos el mismo gusto.

GONZ. ¿Hay alguien aguardando?

PEDRO Sí, señor. La joven andaluza que vino hace tres días.

GONZ. Bueno, que pase. Necesito terminar las consultas en seguida. Hoy no tengo tiempo para nada. (Vase Pedro.) La vista es á las dos y es la una menos cuarto. Nos daremos prisa.

ESCENA III

ASUNCION y GONZÁLEZ

ASUNC. ¿Da usted su permiso?

GONZ. Adelante, señora.

ASUNC. ¿Cómo está usted?

GONZ. Perfectamente. ¿Y usted? (Ofreciéndole una silla.)

ASUNC. (Sentándose.) Pues yo sigo malucha.

GONZ. ¿Cómo es eso?

ASUNC. Sí, señor. Desde que tuve el *dengue* parece que me pesa todo el cuerpo, y al andar, ¡si viera usted qué ahogo!... Aquí. (Señalándose en la garganta.) Debajo del hoyo.

GONZ. En la laringe

ASUNC. No, señor. Más abajo. ¿Cómo se llama esto?

GONZ. Los bronquios.

ASUNC. Eso es. En los bronquios. Debo tenerlos estropeados. Y luego, con tanto disgusto y tanta angustia... ¡Usted no puede calcular lo que sufro!

GONZ. Ya le dije á usted que tuviese calma.

ASUNC. Sí, señor. Me lo dijo usted Pero no la tengo. Ni la puedo tener. Ese pillo me va á quitar la vida. ¿Por qué me casaría yo con el tal Pepe Delduque?

GONZ. ¿Ocurre alguna novedad?

ASUNC. Ya le dije á usted lo ocurrido. Que le sorprendí cenando en *La Taurina* con la individua, y que se movió la *bronca hache.* Y como hubo testigos y hasta un guardia medio lisiado á consecuencia de recibir un botellazo por equivocación, de aquí el decidirme á pedir el divorcio ó la separación de cuerpo, que para el caso es igual.

GONZ. Sí, sí. Conozco el hecho, y ya indiqué á usted que interpondríamos la demanda.

ASUNC. Lo único que quiero es que me lo meta usten en presidio.

GONZ. ¿A quién?

ASUNC. ¡A mi marido! ¡A Delduque!

GONZ. ¡Imposible, señora! ¡El delito no es para tanto!

ASUNC. ¡Ah! ¡Conque no es para tanto el engañar á una mujer honrada, que le cose y le plancha y hasta le viste algunas veces! ¡No digo á presidio, á la horca debieran ir todos los maridos perjuros! ¡Ya vería usted, si los ahorcaban á todos, cómo no había ninguno malo! ¡Ya se ve! El muy bribón sólo se casó por los cuartos. Porque antes yo estaba muy bien, ¿sabe usted? Pero salieron mal los negocios y vine á menos, y en casa donde hay poco trigo menudean los disgustos. Pero yo no consiento que me pongan en ridículo, y aunque me muera de hambre conservaré mi delicadeza.

GONZ. Bueno, bueno. Serénese usted y deje el asunto á mi cargo. ¿Trae usted los documentos que le señalé?

ASUNC. Traigo todo lo que tengo.. por si hiciera falta. Mi partida de bautismo. Yo nací en Málaga. Ya lo habrá usted reparado por el deje. La partida de matrimonio; esta sí que fué serrana. La partida de defunción, desde mi abuelo hasta hoy. La partida de mi madre y la de mi esposo; en fin, todas las partidas.

GONZ. No hace falta tanto.

ASUNC. También traigo las cartas que me escribía ese tunante cuando éramos novios.

GONZ. ¿Para qué?

ASUNC. Para que vea usted lo que va de ayer á hoy.

GONZ. Bien, bien. Déjelo usted aquí todo y vuelva usted dentro de unos días.

ASUNC. Le advierto á usted que mi situación es muy crítica. Que yo no sé si soy casada, soltera ó viuda, y que me urge salir de este trance.

GONZ. Ya saldrá usted, señora.

ASUNC. ¡Ay, señor González! ¡Si me lo mandara usted á presidio!...

GONZ. Repito que eso es imposible.

ASUNC. ¡Qué lástima! ¡Pero, en fin, á la cárcel siquiera! ¡Mucha cárcel, señor González! Vaya, que usted lo pase bien. (Medio mutis.)

GONZ. Servidor de usted.

ASUNC. Y dispense usted tanto mareo. (Se va á marchar.)

GONZ. Usted nunca molesta.

ASUNC. Sepárenos usted en seguida, y sea lo que Dios quiera.

GONZ. Procuraré hacerlo.

ASUNC. ¡Ay, qué situación, amigo mío! Ni casada, ni soltera, ni... ¡Ay, qué situación! Adiós. Buenas tardes. Que usted lo pase bien. Muchas memorias. Servidora.

ESCENA IV

GONZALEZ, luego PEDRO

GONZ. ¡Já, já, já! ¡Pobre señora! Se la puede ahogar con un cabello.

PEDRO ¡Señorito! Ahí están doña Circuncisión y su hija.

GONZ. ¡Mi futura! ¡Que pasen! ¡Que pasen! (Vase Pedro.) No las esperaba hasta mañana.

ESCENA V

DICHO, CIRCUNCISION y AURORA

CIRC. ¡Adentro, niña!

GONZ. ¡Qué grata sorpresa! ¡Permíteme que te abrace!

CIRC. Todavía no. Dispense usted. La gente aristocrática no se abraza nunca antes del matrimonio; después, raras veces, y poco después, nunca.

GONZ. (La dió por la aristocracia.)

CIRC. Acabamos de leer en un periódico que hoy hablará usted en la Audiencia, y como mi hija tiene tantos deseos de oirle á usted, me ha obligado á conducirla aquí para que nos introduzca usted en algún sitio reservado. Yo también deseo juzgar por mí misma si, en efecto, su talento de usted es tan brillante como por ahí aseguran.

GONZ. ¡Tanta honra!

AUR. ¡Qué despacho tan bonito!

CIRC. No está mal, pero le falta elegancia.

GONZ. ¿Eh?

CIRC. Cuando se case usted, ya arreglaremos todo esto.

AUR. ¡Mamá!

CIRC. Para tener buen gusto es preciso nacer en esfera elevada. Y tú, en este terreno, dominas á tu futuro.

GONZ. Ya me lo ha dicho usted veinte veces.

CIRC. Las revoluciones pueden acabar con los tronos, pero no extirpan las creencias.

GONZ. (¡Ay, si no quisiera tanto á tu hija!)

CIRC. Por lo demás, los abogados siempre han sido gente vulgar.

GONZ. ¡Señora!

CIRC. ¡Ah! No nos coloque usted cerca del procesado. ¡Eso sería horrible! Y ya sabe usted que en cuanto usted se case no volverá á defender á ningún canalla.

GONZ. Corriente: me dedicaré á los príncipes.

CIRC. Usted debía dejar su carrera y dedicarse al cuidado de mis tierras.

GONZ. ¿Como intendente?

CIRC. No olvide usted que mi hija ostenta un apellido ilustre. Que una Torre Alta no es una torre cualquiera.

AUR. (¡Qué manía!)

CIRC. Y que, al casarse con usted, no sube, sino baja.

GONZ. (¡Tengamos paciencia!)

CIRC. Yo no sé por qué causa se ha enamorado de usted. (Mirándole con los impertinentes.) No veo sus atractivos.

GONZ. Ni hace falta, con tal que ella los vea.

CIRC. En fin, es mi hija y hay que sacrificarse.

AUR. Pues yo no me sacrifico, mamá, porque le adoro.

GONZ. ¡Oh, boca de ángel! (Va á abrazarla.)

CIRC. Todavía no, caballero.

GONZ. ¡Ah! Es verdad. La gente aristocrática...

CIRC. Después.

GONZ. (¡Vieja ridícula!)

CIRC. Mientras llega la hora de trasladarnos al Tribunal, vamos al Museo á visitar la sección de escultura.

GONZ. ¿Es usted aficionada?

CIRC. Mucho. Las artes me deleitan. ¿Traes los quevedos ahumados?

AUR. Sí, mamá. (Poniéndoselos.)

GONZ. ¿Para qué lleva eso?

CIRC. Para cubrir el desnudo con un casto velo.

GONZ. ¡Ah!

AUR. ¡Que no tardes!

GONZ. No, vida mía.

CIRC. ¡Vida mía! Vulgar y cursi.

GONZ ¿Eh? ¿Pues cómo se dice?

CIRC. ¡O mi gacela, ó nada!

GONZ Bueno. ¡Adiós, mi gacela!

CIRC. No veo sus atractivos. Hasta luego.

GONZ. ¡Adiós, mujercita mía!

ESCENA VI

GONZÁLEZ; luego PEDRO

GONZ. ¡El diablo cargue con la suegra! ¡Ya verá ella en cuanto me case cómo alargamos las distancias!

PEDRO (Con una tarjeta.) Ahí aguarda este caballero.

GONZ. (Leyendo.) «Judas Tabernillas, propietario.» ¡El tartamudo! No quiero recibirle. Me va á entretener todo el día.

JUDAS (Apareciendo.) ¡Fe... felices!

GONZ. (¡Maldito seas!) (Vase Pedro.)

ESCENA VII

GONZÁLEZ y DON JUDAS

JUDAS ¿Co... cómo está usted, ilustre señor Gon... zález?

GONZ. Perfectamente. ¿Usted bueno? Ya lo veo. Le suplico á usted que sea breve, porque no puedo detenerme.

JUDAS (Sentándose.) Muy bre... breve.

GONZ. (¡Y se sienta!)

JUDAS Yo vivo, co.. como usted sabe, en Po... Po...

GONZ. Sí, en Pozuelo. Ya lo sé. Adelante.

JUDAS Yo tengo un jar... jar...

GONZ. Un jardín.

JUDAS Eso. Un jar...

GONZ. Jardín. No repita usted. Ya lo he dicho.

JUDAS Pues verá usted lo que ayer ha ocu... currido.

GONZ. (¡Dios mío, va á encajarme una historia! No acaba en tres horas.)

JUDAS El vecino co... colindante...

GONZ. Aguarde usted. (¡Buena idea! Los tartamudos suelen no tartamudear cuando cantan.) Cante usted, don Judas. (Sentándose á su lado.)

JUDAS ¿Eh?

GONZ. Cuénteme usted la historia cantando.

JUDAS ¡Qué ra... rareza!

GONZ. Usted sabrá aires populares. Aplíquelos usted de cualquier manera. El verso no hace falta.

JUDAS Pe... pero...

GONZ. Si no canta usted, me marcho.

JUDAS No... no, señor. Can... cantaré como pueda. (Tose, se prepara, etc. Aire de «La Traviata». *Adío del passato.*)

Yo tengo... un invernadero
que me costó mucho,
¡ay! mucho dinero.

GONZ. ¡Magnífico! Lo que yo me figuraba. No tartamudea. Siga usted. Y procure cantar algo alegrito. Nada de andantes. Ligero, ligero.

JUDAS (Aire de «La marcha de Cadiz». *¡Viva España!)*

¡Un vecino!
Hay un vecino al lado
que ayer, sin ir más lejos,
me lo hizo todo añicos,
y no quiere pagarlo.

GONZ. ¡Ah! Ya comprendo. Se trata de exigir una indemnización de daños y perjuicios.

JUDAS Justamente. ¡Porque si usted su... supiera cuánto desper... perfecto!

GONZ. Música, música. Cante usted.

JUDAS (Aire de *La Diva*.)

Todo, todo, todo me lo ha roto,
todo lo hizo añicos,
no dejó un cristal.
Yo deseo que usted me lo cite
y lo pague todo
sin perder un real.

GONZ. ¿Ve usted cómo en dos minutos nos hemos entendido? Bueno: deme usted por escrito la relación detallada de los hechos, y yo me encargo de lo demás. ¿Se marcha usted á Pozuelo, ó se queda en Madrid?

JUDAS (Aire de *Miss Helyett.*)

En el paseo de Areneros,
número ciento veintitrés
principal.

GONZ. Mil gracias. Vuelva usted mañana, y le prometo á usted que ese vecino no se burlará de nosotros.

JUDAS En el paseo de Areneros...
GONZ. (Cantando.) Número ciento veintitrés
principal.

También canto yo ahora. Bueno, bueno: ¡adiós, hasta la vista! (Le empuja. Don Judas se marcha cantando.) ¡Uf! ¡Gracias al cielo!

ESCENA VIII

GONZÁLEZ y ALBERTO

ALB. ¡Felices, primo!

GONZ. ¡Calla! ¿Tú en Madrid?

ALB. Acabo de llegar.

GONZ. ¿Solo?

ALB. No... Digo, sí... Mejor dicho: sí y no.

GONZ. Explícate, hombre, explícate.

ALB. Vengo de avanzada, ¿comprendes? Mi mujer y mi suegro llegarán dentro de poco. Por eso digo que vengo solo, y que no estaré solo.

GONZ. Pero, dime: ¿por qué no habéis venido todos juntos?

ALB. Porque quería preparar la habitación de mi mujer, prevenir á los criados, y, además, porque necesitaba hablar contigo cuanto antes.

GONZ. ¿Hablar conmigo?

ALB. ¡Ah! Te traigo un recuerdo.

GONZ. ¡Chico!

ALB. ¡Nada, nada: yo soy así! (Le da un paquete de tarjetas.)

GONZ. ¿Qué es esto? (Leyendo una tarjeta.) «Alberto González, abogado del Ilustre Colegio de Madrid, Atocha, setenta y cuatro.»

ALB. Eso es.

GONZ. ¡Tiene gracia el recuerdo!

ALB. No sabía que traerte de Pozuelo.

GONZ. Es claro. Y dijiste: ¿De Pozuelo? Tarjetas.

ALB. Cabal. (Mirando el reloj.) (Ya no pueden tardar. Es preciso alejarle.) Queridísimo primo, necesito que me hagas un gran favor.

GONZ. Habla.

ALB. Déjame disponer de tu casa durante dos horas.

GONZ. ¿Eh?

ALB. Tú vives solo, como soltero, libre, independiente, y puedes, sin la menor dificultad, prestarme el servicio que reclamo.

GONZ. ¿Que te deje disponer de mi casa?

ALB. O que me la cedas, es igual.

GONZ. ¿Para qué?

ALB. ¿No adivinas?

GONZ. No.

ALB. ¿Palabra?

GONZ. Palabra.

ALB. Se trata de una intriguilla...

GONZ. ¡Ah, tunantón!

ALB. ¡Qué quieres!

GONZ. ¡A los ocho días de casado!

ALB. No. Es cosa antigua. Anterior á mi enlace.

GONZ. ¡Ah, vamos! ¡Restos!

ALB. ¡Justo! Restos de mi antiguo esplendor. Me ha escrito pidiéndome una última entrevista. Y como se trata de una dama distinguida y no puedo recibirla en mi casa...

GONZ. Te acordaste de la mía.

ALB. Tú vives solo, eres libre...

GONZ. Ya me lo has dicho. Libre, soltero, independiente...

ALB. Y, sobre todo, eres mi primo. ¿Crees que si no fueras mi primo te hubiera hecho semejante proposición? Pero á un primo se le pide eso y mucho más.

GONZ. ¡Qué escándalo! ¡Atreverse á profanar el santuario del trabajo!

ALB. Te juro que no profanaremos nada.

GONZ. ¡Convertir tan sagrado templo en un nido de amores!

ALB. No haremos nido, te lo juro.

GONZ. ¡Nunca!

ALB. ¡Pero, Alberto!

GONZ. ¡Jamás!

ALB. Cuando yo te aseguro que...

GONZ. Nada, nada. No hablemos del asunto. (Toma el sombrero, preparándose á salir.)

ALB. ¿Te marchas?

GONZ. Me esperan en la Audiencia. Vámonos en seguida.

GREG. (Dentro.) ¡Cuando le digo á usted que somos de casa!

ALB. ¡La voz de mi suegro!

GONZ. ¡Me alegro! ¡El cielo lo envía!

ALB. (¡Y se figuran que vivo aquí!)

GONZ. Digo, ¿eh? ¡Si llega á pescarte con la prójima!

ALB. (¡Todo va á descubrirse!)

ESCENA IX

DICHOS, GREGORIO y LUISA

GREG. Repito que no hay necesidad de anunciarnos. Somos de la familia.
GONZ. (¡Pues vaya una franqueza!)
GREG. (A González.) ¡Calla! ¿Usted aquí?
ALB. (A Luisa.) Mi primo Alberto. . Mi mujer...
GONZ. Tengo sumo gusto...
LUISA (¡El ultramarino!) (Muy desdeñosa.) ¡Gracias, gracias! (Le vuelve la espalda.)
GONZ. (¡Qué grosera!)
GREG. (Mirando extasiado á todas partes.) ¡Oh! ¡Magnífico despacho! ¡Mira, Luisa, mira!
LUISA ¡Es precioso!
GONZ. No tanto. Crea usted que le falta gusto.
GREG. ¿Que le falta gusto? (A Alberto.) Pero, qué envidioso es este animal.
LUISA Las colgaduras, los muebles, todo denota la mano de un verdadero artista.
GONZ. Repito que usted exagera.
GREG. De un verdadero artista, sí, señor.
GONZ. Corriente. Como usted quiera.
GREG. (Almas mezquinas he visto en mi vida, pero nunca como la del tendero este.)
LUISA (Sentándose.) ¡Qué butaca tan cómoda!
GREG. (Idem.) ¡Vaya unos muelles! (Moviéndose mucho.)
GONZ. (¡Me la va á romper!)
GREG. ¡No las compraría tan blandas ningún ultramarino!
GONZ. (A Alberto.) ¿Lo dice por ti?
ALB. Sin duda, pero yo no hago caso.
GREG. ¡Una idea!
ALB. (¡Dios mío!)
LUISA Habla, papá.
ALB. (Cada vez que se le ocurre una idea me extremezco.)
GREG. Cuando viva con vosotros me vendré aquí todas las tardes á dormir la siesta.
GONZ. ¡Hombre, qué demonio!

GREG. ¿Y por qué no? Supongo que no tratará usted de impedírmelo.

GONZ. De ningún modo. Usted es muy dueño. Pero dormir la siesta en el despacho... Si entrase cualquiera...

GREG. ¡Bah! Me tomaría por un cliente. ¿A usted qué le importa?

GONZ. (¡Qué descaro tan inaudito!)

LUISA (Cogiendo un objeto de arte cualquiera que habrá sobre un mueble.) ¡Ay, qué precioso es esto!

GREG. ¡Mucho! ¡Haría muy bien en tu tocador de Pozuelo.

LUISA ¿Sí? Pues nos lo llevaremos.

GONZ. (A Alberto.) ¡Oye, oye! ¿Van á llevarse la casa?

ALB. ¡Quiá! Todo eso es broma.

GREG. (Mirando á González.) (¿Si pensará dormir aquí?) Le advierto á usted, que si tiene algo que hacer, puede usted marcharse cuando quiera.

GONZ. ¿Eh?

GREG. Porque maldita la falta que... Es decir, que por nosotros no se violente usted.

GONZ. (Ahora me echan á la calle.) Bien, bien. Precisamente me preparaba á salir.

ALB. Nos iremos todos.

GREG. ¿Tan pronto?

LUISA De ningún modo. (Quitándose el sombrero.)

GREG. Tienes que enseñarnos la casa.

LUISA ¡Claro está!

GONZ. (Pues señor, no he visto gente más francocota.) (A Alberto.) Que vean la casa, chico. Ahí te los dejo.

ALB. Vé tranquilo. Yo haré los honores.

GONZ. ¡Ah! Cuidado con mis papeles, ¿eh? (Señalando á los de la mesa.) Que no los toque nadie.

ALB. Descuida.

GONZ. Adiós, primita.

LUISA Adiós, adiós. (Con gran indiferencia.)

GONZ. (A Gregorio.) Ustedes quedan en su casa.

GREG. Naturalmente. (¡Qué bárbaro!)

GONZ. (Valientes tipos! ¡Já, já, já!) (Vase por el foro.)

ESCENA X

GREGORIO, LUISA y ALBERTO

GREG. ¡Gracias á Dios!
LUISA ¡Creí que no se marchaba nunca!
GREG. ¡Qué pesado es el tal intruso! Por fortuna ya estamos solos y podemos contemplarlo todo á nuestro antojo. (Se sienta en el sillón.) Mira, hija mía; mira dónde prepara tu esposo sus elocuentes y famosos discursos, admiración de España entera.
LUISA Ahí habrá compuesto el que debe pronunciar hoy como defensor del Tostado.
GREG. Y á propósito. ¿Qué causa es esta? Como apenas leemos periódicos, no sabemos nada.
LUISA Pero tú nos lo explicarás.
GREG. ¡Sí! En cuatro palabras.
ALB. Muy sencillo. (Yo no lo sé tampoco.) Verá usted. Sencillísimo. El tal Tostado es un bribón.
GREG. Se supone.
LUISA ¿Pero qué ha hecho?
ALB. ¡Uf! No puedes figurártelo. (Ni yo tampoco.)
GREG. ¡Calla, calla! ¡Si tenemos aquí la causa! (Fijándose en una que habrá sobre la mesa.)
ALB. ¿De veras? Lea usted, lea usted.
GREG. (Repasando la causa.) ¡Hola, hola, hola!
LUISA ¿Qué dice, papá?
GREG. Se trata de un crimen misterioso. Una mujer asesinada.
ALB. ¡Cabal!
LUISA ¡Qué horror!
GREG. Aquí hay un testigo que afirma haberlo visto todo. ¿Qué vas á contestar á este testigo?
ALB. ¡Bah! Le diré que es un embustero.
GREG. Sin embargo; se trata de un testigo honradísimo y de alta posición social.
ALB. No lo crea usted. Es un pillo. Me consta.
LUISA ¡Cuando mi marido lo afirma!...
ALB. ¡Figúrate! ¡Si lo sabré yo!

GREG. En cambio la vecina Dorotea Velasco favorece mucho tu defensa.

ALB. ¿Qué dice la Velasco? Vamos á ver.

GREG. ¡Cómo! ¿Lo ignoras?

ALB. Diré á usted. Yo no leo nunca la relación de los testigos.

GREG. ¡Hombre, qué cosa tan original!

ALB. Como en la vista pública vuelven á declarar no hace falta.

GREG. ¿Y vas á la vista sin haber preparado tus argumentos de defensa?

ALB. ¡Claro está! Allí se me ocurren todos. De pronto. ¡Paf!

GREG. ¡Me asombra tu genio!

ALB. Los abogados célebres sólo estudiamos en casa el principio y el fin de nuestros discursos.

GREG. ¡Ah!

LUISA Dinos el principio, Alberto mío.

GREG. ¡Sí! Sírvenos el principio.

ALB. Imposible. Es muy largo.

LUISA Pues el final. Dinos el final.

GREG. Del final no te escapas.

ALB. ¿El final? ¿Quieren ustedes conocerlo?

LOS DOS Sí, sí.

ALB. ¡He dicho!

GREG. ¡Hombre, un poco antes!

LUISA El último período siquiera.

ALB. (Tose, se estira los puños, etc.) Por consiguiente, señores, á juzgar por lo anterior, el Tostado es inocente; condenarle es un horror: si lo absolvéis libremente, ¡ay! ¡esto será mejor!

LUISA ¡Bravo!

GREG. ¡Sublime! ¡Habla en verso!

LUISA ¿Cómo en verso?

GREG. ¡Condenarle es un horror! Si lo absolvéis. mejor que mejor!

ALB. Pues mire usted, no me he dado cuenta. Pero á veces la elocuencia me arrastra, y hablo mitad en prosa y mitad en verso.

GREG. Como en las comedias.

ALB. Pues mire usted, si se hicieran en verso las defensas, saldrían libres casi todos los procesados.

GREG. Pero condenarían al defensor.

ESCENA XI

DICHOS y PEDRO

PEDRO (Anunciando.) La señora y señorita de Torre Alta.
GREG. Que pasen. (Vase Pedro.)
ALB. (¡Demonio! ¡La futura de mi primo!)
LUISA ¿Quienes son esas señoras?
ALB. No lo sé. Nuevas clientes, sin duda. Ahora no puedo ocuparme... Digan ustedes que no estoy en casa. (Vase por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA XII

DICHOS; CIRCUNCISION y AURORA

CIRC. Habíamos olvidado decirle á usted... ¡Calla! No está.
GREG. ¡Señora! (Grandes saludos y mucha ceremonia.)
CIRC. ¡Caballero!... (Idem.)
GREG. Siéntense ustedes. (Todos se sientan.)
CIRC. Deseábamos hablar con el señor González.
GREG. Ha salido. (A Luisa.) ¿Verdad que ha salido?
LUISA Hace un momento.
CIRC. (A Gregorio.) ¿Usted le conoce?
GREG. ¿A quién?
CIRC. A González.
GREG. (Riendo con gran satisfacción.) ¡Que si le conozco! (A Luisa.) Pregunta si le conocemos.
LUISA Muchísimo, señora.
GREG. Intimamente.
CIRC. (A Aurora.) Gentecilla vulgar.
AUR. ¡Ah! ¿Le conoce usted mucho?
GREG. Alberto González, que es el primer abogado de España.
CIRC. Diga usted uno de los primeros.
GREG. No, dispense usted. He dicho el primero, y lo sostengo.
AUR. El primero, mamá.
GREG. Justo. (La chica es simpática.) Alberto González, repito: ese hombre ilustre y monu-

mental en la vida pública, es en la privada ciudadano sencillo y modesto. Come con todo el mundo. Habla como hablan todos y duerme como todos dormimos.

CIRC. ¡Pues vaya una gracia!

GREG. ¿Ha pasado usted alguna vez, señora mía, por la calle de Valverde?

CIRC. Ya lo creo.

GREG. ¿Y ha reparado usted en una antigua casa, sobre cuyo portalón hay un letrero que dice: *Academia Española?*

CIRC. Sí tal. He asistido á varias sesiones.

GREG. Pues dentro de poco, Alberto González formará parte de ella.

AUR. ¡Cómo! ¿Va á ser académico?

CIRC. ¿Está usted seguro?

GREG. En cuanto tengamos la dicha de que muera alguno de los actuales.

CIRC. Según veo, usted le aprecia mucho.

GREG. Naturalmente, señora. Como que soy su suegro.

AUR. ¿Eh?

CIRC. ¡Su suegro! ¿Qué suegro?

GREG. ¡Cómo qué suegro! El único. El reglamentario.

CIRC. ¿Pero es viudo?

GREG. ¿Viudo? ¡Qué atrocidad!

CIRC. ¡Caballero!

GREG. Su esposa es esta joven. (Por Luisa.)

LUISA Servidora de usted

AUR. (Levantándose.) ¿Su esposa?

CIRC. (Idem.) ¿Legítima?

GREG. ¡Claro está! ¡Vaya una pregunta!

CIRC. ¡Imposible!

AUR. ¡Eso no puede ser!

GREG. (¡Qué antipática es la niña!) ¿Y por qué no?

CIRC. Porque ese hombre es el futuro de mi hija.

GREG. ¿De qué hija?

CIRC. De ésta. De Aurora. Deben casarse dentro de ocho días.

LUISA ¡Cielos! (Yendo á la izquierda y llamando.) ¡Alberto! ¡Alberto!

CIRC. ¿Pero no había salido?

LUISA ¡Qué había de salir! ¡Alberto!

ESCENA XIII

DICHOS y ALBERTO

ALB. ¿Se marcharon ya? ¡Oh!
GREG. Ven acá, contesta inmediatamente.
LUISA Di en seguida si pensabas casarte con esta señorita.
ALB. ¿Yo? ¡Qué disparate! (Después de mirarla.)
GREG. (A Circuncisión.) ¿Ve usted cómo tocaba usted el violón?
CIRC. ¡Qué desacato!
AUR. Pero si este caballero no es mi novio.
GREG. ¿Cómo que no? González.
AUR. Mi novio es el otro.
CIRC. ¿El otro González?
GREG. ¡Ah, vamos! ¡El ultramarino!
CIRC. ¿Qué ha dicho usted?
GREG. ¡Justo! (A Alberto) ¡Tu primo! ¡Te confenden con tu primo! Como se llaman lo mismo...
CIRC. ¡Cielo bendito! ¿Yo suegra de un especiero? ¡Horror!
ALB. (¡Pero qué tirria me tienen todos!)
GREG. ¿Qué tal, eh? ¿Qué tal el primito? ¡Usurpar tu estado civil para engañar á la gente!
AUR. Pero, mamá, Alberto estaba aquí mismo hace un instante.
GREG. Cabal: de visita. También le encontré yo.
AUR. ¡Qué infamia!
CIRC. ¡Tranquilízate: ha sonado la hora de la venganza! ¿Dónde vive ese mercachifle?
ALB. (¡Demonio!)
GREG. Leganitos, cincuenta y dos.
CIRC. Corriente. Vamos á rompérselo todo.
ALB. ¡No, eso no!
CIRC. ¡Pegaremos fuego á la casa!
AUR. ¡Eso es lo que merece!
CIRC. Ya verá de todo lo que es capaz una Torre Alta. (Vase.)
ALB. ¡Caramba! ¡Señora, una palabra! ¡Oiga usted, señora! (Vase detrás)

ESCENA XIV

GREGORIO y LUISA

GREG. ¡Déjalas, déjalas que hagan añicos la casa! ¡Te parece el tal caballero! ¡Hacerse pasar por su primo! ¡Qué infamia! Ahora mismo voy á escribirle para que no vuelva más por aquí.

LUISA Bien hecho, papá.

GREG. (Se sienta y escribe.) «Caballero, su conducta de usted es indigna...»

LUISA (Que se apoya en la mesa.) ¡Calla! ¡Qué veo! (Cogiendo el paquete de cartas.) ¡Letra de mujer!... (Leyendo.) «A mi adorado Alberto.» ¡Dios mío! (Se retira de la mesa y abre el paquete, sacando y leyendo una carta. Gregorio no advierte nada y sigue escribiendo.)

GREG. «Su conducta de usted me obliga á retirarle mi afecto y mi domicilio.»

LUISA ¡Jesús!

GREG. ¿Qué ocurre?

LUISA ¡Mi marido me engaña!

GREG. ¡Caracoles! (Deja caer el tintero al hacer un movimiento con el brazo y llena de tinta la causa.)

LUISA ¡Ay, papá de mi alma!

GREG. ¡Explícate!

LUISA ¡Es un traidor, un perjuro! Yo quiero separarme.

GREG. ¿Separarte?

LUISA Sí, de mi marido.

GREG. Pero, hija, reflexiona que si todas las mujeres engañadas por sus maridos se separasen, no quedaría en España un solo matrimonio.

LUISA Lee, lee estas cartas que acabo de encontrar sobre la mesa, y que denuncian su crimen.

GREG. Veamos. (Abre las cartas.) Tienen membrete. «Ayúdame y te ayudaré.» ¡Ah! Es la divisa. «Pichoncito azul.»

LUISA ¿Qué le parece á usted?

GREG. Que debe ser una pichona rubia. «El duque salió de caza. Estoy sola. Ven en seguida. Hallarás, como siempre, la llave en la estufa, debajo del Dios Apolo. Te adora tu duquesita.» ¡Es una duquesa!

LUISA ¡A los ocho días de casado!

GREG. Bueno: cierra los ojos. ¡Es un hombre célebre! Cerremos los ojos.

LUISA ¡Cómo! ¿Serías capaz de defenderle?

GREG. No; pero debemos disculparle. El marido fiel es un fenómeno. Suele haber algunos, pero Alberto no es un fenómeno.

LUISA Aguarde usted.

GREG. ¿Dónde vas?

LUISA Á recorrer la casa. Voy á registrarlo todo. (Vase por la segunda puerta de la izquierda.)

GREG. ¡Cuidado, Luisa! Á los grandes hombres no se les debe registrar. ¡Lleva razón! ¡Engañarla á los ocho días! Debió aguardar un mes siquiera.

ESCENA XV

GREGORIO y ASUNCIÓN

ASUNC. No hay que pasar recado. Yo soy de confianza.

GREG. ¿Eh?

ASUNC. ¡Malditas escaleras! La fatigan á una. (Mirando á Gregorio.) (Este debe ser el mayordomo.) Dígale usted al señor González que le estoy esperando.

GREG. (¡Pues vaya una franqueza!) El señor González no se halla en casa.

ASUNC. ¿No? ¡Cuánto lo siento!

GREG. Si quiere usted dejar algún recado...

ASUNC. No, señor, Muchas gracias. Hay cosas que tienen que tratarse reservadamente. Pero, en fin, dígale usted cuando vuelva, que era cosa de Pepe.

GREG. ¿De Pepe?

ASUNC. ¡Pues: Delduque.

GREG. ¿Eh? (¡Qué escucho!) ¿Del duque?

ASUNC. Cabal. Mi marido.

GREG. (¡Es la duquesa!) Un momento, señora. Lo sé todo.

ASUNC. ¿Cómo?

GREG. No ignoro la clase de relaciones que la ligan á usted con el señor González.

ASUNC. ¿No? Me alegro mucho.

GREG. (¡Qué descocada!) En nombre de lo más noble y santo, la suplico á usted que rompa, señora.

ASUNC. ¿Que rompa? ¿El qué voy á romper?

GREG. Si su marido sospechase, la... ¡Figúrese usted!

ASUNC. ¿Le conoce usted?

GREG. No, señora; no tengo ese honor.

ASUNC. Pues es un tunante. ¡Un pillo, un bribón!

GREG. Conformes. Pero eso no obsta para que hubiese podido sorprenderla á usted aquella noche.

ASUNC. ¿Qué noche?

GREG. La de la llave.

ASUNC. No entiendo.

GREG. Ayúdame y te ayudaré. ¿Qué tal?

ASUNC. Ayúdame...

GREG. El dios Apolo debajo de la estufa. Digo, la llave debajo de Apolo.

ASUNC. (¿Qué dice este hombre?)

GREG. ¡Si la sorprenden á usted, un escándalo, un duelo tal vez!... ¡Oh, señora!... Rompa usted, se lo suplico en nombre de la aristocracia española.

ASUNC. (¡Ay, Dios mío! Es un chiflado.)

GREG. Piense usted en las consecuencias. Usted puede ser víctima y González también. Renuncie usted á todo, y no vuelva usted á dejar la llave debajo del dios de la estufa.

ASUNC. ¿Debajo del dios? No, señor. Yo la pongo debajo de la estera.

GREG. ¡Rompa usted, duquesa!

ASUNC. ¿Cómo duquesa? Yo no soy duquesa.

GREG. ¡Y lo niega!

ASUNC. Yo me llamo Asunción Castaños, ¿sabe usted? Y le advierto que me está usted hablando en gringo hace una hora.

GREG. ¡Gran Dios! ¿Pero no es usted la de la carta?

ASUNC. ¿Qué carta?

GREG. La del membrete. ¿No es usted la del membrete?

ASUNC. ¡Vaya, vaya! ¡Que le compongan á usted el cerebro!

GREG. ¡Señora!

ASUNC. ¡Bien podía el señor de González tener criados en su sano juicio!

GREG. ¡Oiga usted! ¡Oiga usted!

ASUNC. Volveré en ocasión más oportuna.

GREG. Aunque no vuelva usted nunca, maldita la falta que hace.

ASUNC. ¡Habra grosero!

GREG. Las cosas claras.

ASUN. ¡En cuanto sepa lo ocurrido, le plantarán á usted en la calle! ¡Mal educado!

GREG. ¿A mí? ¿Plantarme á mí? ¡Eso quisieras!

ASUN. ¡Vaya usted de ahí! (Vase.)

GREG. ¡Vaya usted enhoramala! ¡Debe ser una duquesa de pega! ¡No tiene pizca de educación!

ESCENA XVI

DICHO y LUISA; luego ALBERTO

LUISA Por más que registro no hallo nada.

GREG. Serénate, hija mía; serénate.

LUISA ¿Serenarme? ¡Uste no puede figurarse cómo estan mis nervios!

GREG. En ebullición. Ya lo veo.

LUISA Siento punzadas en la cabeza, y golpes en el corazón, y muchas ganas...

GREG. ¿De llorar?

LUISA ¡No! ¡De morder! ¡De destrozarlo todo!

GREG. ¡Calma! ¡Calma, por la Vírgen Santísima!

ALB. (Desde el foro.) Tomaron al salir un coche y no he podido seguirlas.

LUISA (Viéndole.) ¡Ah! ¿Eres tú? ¡Infame! ¡Perjuro!

ALB. ¿Qué te pasa?

LUISA ¿Conque me has engañado?

ALB. (¡Adiós! ¡Ya se enteraron!) (Gregorio hace la mímica siguiente. Primero figura que echan la llave. Luego que la meten por debajo del dios Apolo; y por último, adopta una cómica posición, imitando la figura de dicho dios Apolo. Alberto no entiende nada.) Luisa, perdóname.

LUISA ¡Nunca!

ALB. ¡Lo hice con la mejor intención!

LUISA ¡Qué atrocidad!

GREG. ¡Ya lo oyes, se arrepiente!

ALB. (A Gregorio.) Usted me absuelve, ¿verdad?

GREG. Te absuelvo y te admiro.

ALB. ¡Gracias, papá suegro! (Abrazándole.) ¡Tiene usted un gran corazón.

ESCENA XVII

DICHOS y DON JUDAS

JUDAS (Cantando con un papel en la mano.) (Aire de *La Mujer de papá.*)

Ya la memoria he terminado,
y aquí la traigo para usted.

GREG. ¡Qué veo! ¡El vecino!

JUDAS (Aire del *Amarillo sí, amarillo no.*)

Ya te lo dirán de misas;
me las tienes que pagar.
A eso vengo aquí;
á eso vengo aquí.

GREG. ¡Hombre, qué gracia! ¡Pues no se burla el insolente!

ESCENA XVIII

DICHOS; CIRCUNCISIÓN y AURORA.

CIRC. Ven, Aurora. Es preciso encontrarle.

GREG. ¿Ustedes otra vez?

CIRC. Sí, señor. El bribón no estaba en la tienda. Todo lo hemos roto.

ALB. ¿Todo?
CIRC. ¡Y los dependientes nos han ayudado!
ALB. (¡Ah, tunantes!)
LUISA ¿Sí? ¿Lo han roto ustedes todo? Se vengaron de esa manera, ¿verdad? Pues yo también voy á hacer lo mismo. (Coge un *bibelot* y lo tira al suelo.)
ALB. ¡Luisa!
CIRC. ¡Crea usted que esto desahoga mucho!
LUISA (Rompiendo varios objetos á pesar de impedírselo Gregorio y Alberto que la siguen por toda la escena.) ¿Sí? ¡Corriente!
GREG. ¡Hija mía!
ALB. ¿Pero qué le sucede?
LUISA (Cogiendo un gran jarrón.) ¡Este también!
GREG. (Cogiéndolo.) ¡No! ¡Este no, que debe ser muy caro!
JUDAS (Cantando *La Marsellesa.)*

¡Es un jarrón del siglo diecisiete
que habrá costado un dineral!

LUISA ¡Y ahora los papeles! (Arroja por el aire todos los papeles y atestados que hay sobre la mesa.)

ESCENA XIX

DICHOS y GONZALEZ

GONZ. ¿Qué veo?
ALB. ¡Cataplúm! (Cayendo medio desmayado en una silla.)
CIRC. ¡Infame, embustero, mal nacido!
GREG. ¡Salga usted de aquí, usurpador!
GONZ. ¡No hay duda! ¡Se han vuelto locos!
AUR. ¿Conque me engañaba usted?
GREG. ¿Conque pretende usted engañarnos?
GONZ. ¡Eh! ¡Basta! No puedo tolerar que así invadan mi casa y abusen de mi buena fe.
GREG. ¿Su casa? ¿Cómo su casa?
CIRC. Su casa de usted es la otra.
GONZ. Mi casa es esta y ahora mismo la abando-

nan ustedes. ¡Ea! ¡Ya estoy harto de contemplaciones!

CIRC. ¿Pero no es usted González, el ultramarino?

GONZ. ¿Yo?

CIRC. ¡El señor lo afirma! (Por Gregorio.)

GONZ. ¡Hombre! ¿También esa?

GREG. ¿Qué escucho? ¿No es usted el tendero?

GONZ. ¿Yo el tendero?

JUDAS (Cantando *Madama Angot.)*

¡Já, já, já, já!
¡Qué atrocidad!
El abogado es el señor;
yo le conozco tiempo ha.
¡Y usted Dios sabe qué será!

GREG. ¡Jesucristo!

CIRC. ¡El abogado!

AUR. ¿Será posible?

GREG. (Cogiendo á Alberto.) ¡Responde! ¡Responde en seguida! ¿Quién eres tú?

ALB. ¡No lo sé!

GREG. ¿A quién tengo el deshonor de hablar?

LUISA ¡No era el abogado!

ALB. (¡Sonó mi última hora!)

GONZ. ¡Cómo! ¿Te hiciste pasar por.,.?

ALB. ¡Por tí! Eso es. Ya no puedo negarlo. Yo adoraba á Luisa y temí perderla si confesaba la verdad.

LUISA ¡Era el ultramarino!

CIRC. ¡Qué horror!

GREG. Caballero aquel balcón da á la calle. Estamos en tercer piso. Cumpla usted con su deber.

ALB. Allá voy. (Se dirige al balcón de la segunda de la derecha.)

GREG. (A Luisa.) Si se tira su alma es grande.

ALB. (Volviendo.) ¡Ah! Dejo á ustedes toda mi fortuna, ¡sesenta mil duros!

GREG. Aceptada. (No lo creí tan rico.)

ALB. ¡Adiós, para siempre! (Corre al balcón.)

LUISA ¡Alberto!

ALB. ¡No! No me detengas. Merezco la muerte.

GREG. Aguarda un poco. (A Luisa.) Se me ocurre una idea.

LUISA Habla, papá.

GREG. Si liquidase la tienda, no sería ultramarino, sino propietario.

LUISA ¡Es verdad!

GREG. ¿Darías tu mano á un propietario?

LUISA ¡La daría!

GREG. (A Alberto.) ¡Responde! ¿Quieres liquidar?

ALB. En seguida.

GREG. ¡Es encantador!

LUISA ¿Te hubieras arrojado por mí desde el balcón?

ALB. ¡Cabeza abajo! Estaba decidido.

LUISA ¡Pobrecito!

GONZ. ¡Vaya, vaya! Bien purgó su falta. Absolución completa.

GREG. Basta que tú te empeñes, para que le perdone. De todos modos, si mi yerno no es célebre, tú lo eres, y la gloria se queda en la familia.

CIRC. ¡Buen susto nos hizo pasar!

JUDAS (Aire del duo de *La tempestad.*)

Ya todo el mundo está contento;
pero yo sigo sin cobrar.

GONZ. ¡No tema usted! ¡Reventaremos al vecino!

GREG. (A González.) ¡Cáspita! ¡Que el vecino soy yo!

GONZ. ¡Ah! Entonces, don Judas perderá el pleito y saldrá condenado en costas.

GREG. ¡Gracias, hombre inmortal! (Al público.)

Para pleitos, este primo. (Por González.)
Para latas, el señor. (Por Alberto.)
Y para aplausos, ustedes,
si la comedia gustó.

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

¡No me siga usted! comedia original, en un acto.
El viejo telémaco, zarzuela original, en dos actos.
Sensitiva, zarzuela original, en dos actos.
El violinista, zarzuela en un acto.
¡Adios mi dinero! zarzuela en un acto.
La vida en un tris, zarzuela en un acto.
Las multas de Timoteo, comedia en un acto.
Descarga de artillería, comedia original, en un acto.
Por huir del vecino, juguete cómico original, en un acto.
Pirlimpimpin 1.º, zarzuela bufo-fantástica, en dos actos.
Lola, zarzuela en dos actos.
Se dan casos, zarzuela original en un acto.
Un nuevo Quintiliano, comedia original, en un acto.
La copa de plata, zarzuela en dos actos.
Lo sé todo, juguete cómico, en dos actos.
Fausto, parodia, en dos actos (de la ópera).
La casa de locos, zarzuela original, en un acto.
Dar en el blanco, comedia original, en tres actos.
Me es igual, juguete cómico, original, en un acto.
El Forastero, juguete cómico, original, en tres actos.
El fogón y el Ministerio, juguete cómico, en un acto.
¡Valiente amigo! juguete en dos actos.
La ley del mundo, comedia en tres actos.
Las cerezas, juguete cómico, original, en tres actos.
Compuesto y sin novia, zarzuela cómica, en tres actos.
Arda Troya, juguete cómico, original, en tres actos
La dulce alianza, juguete cómico, en tres actos.
La Gacetilla del año, revista original, en un acto.
Los dominós blancos, comedia en tres actos.
El año sin Juicio, revista original.
Cambiar de colores, comedia en un acto.
El Doctor Ox, zarzuela en tres actos y seis cuadros.
Los madriles, zarzuela original, en dos actos.
Amapola, zarzuela cómica, en tres actos.

El chiquitín de la casa, comedia en tres actos.
El empresario de Valdemorillo, zarzuela original, en dos actos. (Segunda parte de los Madriles).
El Diablo cojuelo, revista original, en tres actos.
Esto, lo otro y lo de más allá, revista original, en un acto.
El dinero en la mano, comedia en dos actos.
El caballo blanco, juguete cómico, en dos actos.
Historias y cuentos, zarzuela original, en dos actos.
Las dos Princesas, zarzuela en tres actos.
Dimes y diretes, juguete cómico, en un acto.
El pañuelo de yerbas, zarzuela cómica, en dos actos.
¡Odieme usted, caballero! juguete cómico, en dos actos.
Dos huérfanas, zarzuela en tres actos, y siete cuadros.
¡¡Ya somos tres!! juguete cómico-lírico, original, en un acto.
¡A sangre y fuego! juguete cómico lírico, en un acto.
El corregidor de Almagro, zarzuela cómica, en tres actos.
¡Aquí, León! juguete cómico-lírico, en un acto.
El espejo, comedia original, en tres actos.
Armas al hombro, juguete cómico-lírico, en un acto.
¡Eh! ¡A la plaza! revista original, en un acto.
Libre y sin costas, juguete cómico, en un acto.
Las tres jaquecas, comedia en tres actos.
Viaje á Suiza, veraneo cómico-lírico, en tres actos.
El país de las gangas, revista original, en un acto.
Las mil y una noches, cuento fantástico original, en tres actos.
Curarse en salud, proverbio en dos actos.
La misa del gallo, apropósito cómico-lírico, original, en un acto.
Ellos y nosotros, cuadro cómico-lírico, original, en un acto.
Madrid-Zaragoza-Alicante, juguete cómico, en un acto.
La taberna, melodrama en tres actos.
La cola del gato, comedia de magia, en tres actos.
Para casa de los padres, juguete cómico-lírico, en un acto.
Vestirse de largo, juguete original, en un acto.
La ducha, juguete cómico, original, en tres actos.
La feria de San Lorenzo, zarzuela cómica, en tres actos.
Agua y cuernos, apropósito en un acto, original.
El milagro de la Virgen, zarzuela original, en tres actos.
Los fusileros, zarzuela en tres actos.
La Diva, zarzuela en un acto, y dos cuadros.
Niniche, opereta cómica, en dos actos.
¡Música! ¡Música! opereta en un acto.
Castillos en el aire, zarzuela en dos actos.
La vida Madrileña, zarzuela en un acto, y dos cuadros.
Juegos icarios, zarzuela cómica, en un acto.
A casa con mi papá, comedia en tres actos.
El teatro nuevo, pasillo en un acto.
La fiesta de la Gran Vía, revista cómica-lírica, original.
Yo y mi mamá, apropósito en un acto.
Tiple en puerta, juguete cómico lírico, en un acto.

20 céntimos, juguete cómico, en tres actos.
Aguas azotadas, juguete cómico-lírico, en un acto.
Mam'zelle Nitouche, zarzuela en dos actos.
Odette, drama en tres actos.
Exposición universal, revista original, en un acto.
¡Mi misma cara! juguete cómico, original, en un acto.
Un crimen misterioso, juguete cómico, en un acto.
20 céntimos, juguete cómico, en dos actos y tres cuadros.
La ducha, refundida en dos actos.
El cocodrilo, zarzuela en dos actos.
Sin embargo, juguete cómico, original, en un acto.
¿Quien se casa? juguete cómico, en dos actos.
Creced y multiplicaos, juguete cómico, en tres actos y en prosa.
Los tres sombreros, juguete cómico, en un acto.
¡Mil duros y mi mujer! juguete cómico, original, en un acto y en prosa.
El crimen de la calle de Leganitos, comedia en dos actos
Los bombones, juguete cómico en tres actos y en prosa.
París, fin de siglo, comedia en cuatro actos.
Los cohetes, juguete en un acto y en prosa.
La mujer de papá, vaudeville en dos actos, prosa.
Retolondrón, opereta cómica, en un acto y en prosa.
Matrimonio civil, comedia en dos actos y en prosa.
El boticario de Navalcarnero, juguete cómico, en tres actos y en prosa
Correos y Telégrafos, juguete cómico, original, en un acto y en prosa.
El húsar, zarzuela en dos actos.
El chiquitín de la casa, comedia en dos actos y en prosa.
González y González, comedia en dos actos y en prosa.
El ángel guardián, zarzuela en tres actos y en prosa.
Servicio obligatorio, comedia en tres actos y en prosa.
Servicio obligatorio, comedia en dos actos y en prosa.

PUNTOS DE VENTA

En todas las principales librer